

do excluidos de este número muy pocos italianos.

Habían sido amontonados los nuevos ciudadanos en ocho tribus que votaban las últimas; de lo que resultaba que, por lo comun, no se recogía su sufragio. Deseosos los marsos, ombrios y etruscos de ejercer el derecho que habían adquirido, venían desde lejos y llenaban el Forum y el Campo de Marte; despues, viendo, ó que no se les consultaba ó que su voto no era apreciado, temblaban de cólera y pedían que el derecho produjese su efecto. Acariciábales Mario, ya fuese por simpatía italiana, ya fuese por ambición. Hizo proponer, pues, por su amigo el tribuno P. Sulpicio una ley, en virtud de la cual, habiendo obtenido todos los italianos el derecho de ciudadanía, debían repartirse en las treinta y cinco tribus y colocarse bajo un pié de igualdad con los demas ciudadanos.

Acudió Sila á oponerse á esta ley, disponiéndose á distraer al pueblo en caso de necesidad con solemnes fiestas. Pero habiendo armado Sulpicio sus satélites entró en el templo de Cástor, donde estaba reunido el Senado, y dispersó la asamblea. Cayó muerto el hijo de Pompeyo en el tumulto; refugióse Sila á casa de Mario, su mortal enemigo, y absteniéndose éste de toda violencia, se contentó con la promesa que le hicieron de suspender las fiestas anunciadas. Desde entonces fué fácil á Sulpicio hacer aprobar la ley, y el crédito de Mario se aumentó de tal manera, que fué nombrado, como lo deseaba, para el mando del ejército de Asia contra Mitridates, rey del Ponto.

Indignóse Sila, á quien se había conferido este mando, de semejante injusticia; se adelantó hácia Roma con el ejército que asediaba á los samnitas en Nolas: insulta á los pretores que le envían para aplacarle, y llega á la ciudad con la tea en la mano, amenazando incendiarla.

Sorprendido el pueblo sin armas se defiende á tejazos y á pedradas, armas plebeyas, si bien no dejan de ser harto temibles. Pero Sila prende fuego á Roma, se apodera de ella, da muerte á Sulpicio; en vano exclama el jurisconsulto Escévola: *Nunca declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los cimbro*: es pregonada la cabeza de Mario.

Congregáronse los comicios y Sila usó de la palabra como sino hubiera corrido una gota de sangre; pidió que ninguna ley fuese presentada al pueblo sin haber sido previamente aprobada por el Senado; que los comicios no se reunirían por tribus, sino por centurias; que nadie pudiera ejercer otra magistratura despues de haber sido tribuno, y que fuesen derogadas todas las leyes de Sulpicio. Enmudecía el Senado, poseído de susto: el pueblo manifestaba su descontento eligiendo magistrados opuestos á Sila, y él fingía complacerse en ver en esto una prueba de la libertad que había reinado en las elecciones. Con efecto C. Octavio, amigo de Sila, tuvo por colega en el consulado á L. Cinna, su enemigo: sin embargo, habiendo subido éste al Capitolio, cogió una piedra y arrojándola á distancia dijo: *Sea yo expulsado de Roma como hago rodar esta piedra si manifesto hostilidad contra Sila.*

Sin perder tiempo Sila mandó perseguir al fugitivo Mario. Vióse reducido el vencedor de los cimbro sólo con su hijo y su yerno á ganar de choza en choza el puerto de Ortea, donde se hizo á la vela. Tomando tierra en Circea anduvo allí errante mendigando su sustento, pasando la noche en los bosques, y ocultándose en las cañas del Liris de los asesinos que iban en pos de su huella. Encontrósele al fin atollado en el fango hasta los hombros; le echan una cuerda al cuello y le llevan contra su voluntad á Minturna. No obstante los italianos no quisieron darle muerte porque no habían olvidado sus victorias ni el interés que había tomado por la causa de los aliados; publicaron, pues, un cuento inventado sin duda en aquellas circunstancias, y reducido á que enviado un esclavo cimbro para dar muerte al proscrito, éste había exclamado:—¡Infeliz! ¿Osarás por ventura matar á Cayo Mario? Con tan terrible acento que el esclavo había huido sin descargar el golpe.

Despidiéronle, pues, los minturnos diciéndole:—*Nosotros rogamos á los dioses que no nos castiguen por arrojar así de nuestra ciudad á Mario miserable y desnudo.* Le abandonaron en la playa, donde encontró una nave que le trasladó á la isla de Enaria, luego á Africa. Salvo su hijo de peligros no ménos inminentes, había llegado también á aquel punto para reclamar la asistencia del numida Hiempsal. Hallábase pro-

tegido el fugitivo por una parte con la gloria de su nombre, por otra con el pensamiento de que su partido abatido, pero no aniquilado, podía alzarse de nuevo y vengarle de un día á otro. No se atrevieron á inquietarle los magistrados romanos, cuando le encontraron sentado sobre las ruinas de Cartago.

No obstante el joven Mario fué retenido como prisionero bajo apariencia de urbanidad en la corte del rey de Numidia; pero habiéndose enamorado una de sus mujeres de aquel mancebo, favoreció su fuga, y pudo juntarse á su padre, con quien se embarcó para Italia. Allí había hallado Mario un defensor en el cónsul Cornelio Cinna, que firme y enérgico hasta la imprudencia, á pesar del juramento que había prestado en el Capitolio, había citado á Sila por el tribuno Virginio, para que diera cuenta de su conducta. No hallando este último seguridad para él en Italia, se hizo á la vela con rumbo al Asia, intentando atraerse las legiones, haciéndolas vencer á Mitridates.

Mas ya estaba dado el ejemplo: apoyándose Sila en los soldados les había acostumbrado á considerarse como hombres de tal ó cual general, no como defensores de la república. Un ejército había marchado contra la patria y enseñado el camino por donde debían pasar César, Antonio y Augusto. Era el principio de aquellas guerras civiles, en que no se debía ya lidiar por la libertad, sino por darse un soberano.

CAPÍTULO XXXI.

Bitinia, Armenia, el Ponto.—Guerra civil.

Ahora exige el orden de nuestro relato que hablemos de muchos estados de segunda clase, que se habían formado en el Asia Anterior. Primeramente dependían de la Persia; pero su decaimiento había consentido á diversos gobernadores declararse independientes, y mantenerse de este modo á la caída de aquel imperio, habiendo llevado Alejandro á otros puntos sus conquistas, antes de someterlos. Otros se sublevaron durante las guerras de sus sucesores. Así se formaron los reinos de Bitinia, de Paflagonia, de Pérgamo, de Capadocia, de Armenia y del Ponto, sin contar las repúblicas de Heraclea, de Sinope, de Bizancio y algunos otros

pequeños estados, que sufrieron como de costumbre la influencia de los más fuertes.

Ya hemos hablado del reino de Pérgamo. Situada la Bitinia entre el Bósforo de Tracia, el monte Olimpo y el Euxino, tenía por capital á Nicomedia, de que Constantino hizo más tarde sede del imperio mientras aguardaba á que pudiera recibirle Bizancio. Heraclea era una colonia de beocios; muy fuerte por mar, se negó á pagar el tributo impuesto por los atenienses á todas las ciudades del Asia Menor para el mantenimiento de la comun flota. Enviado Lamaco para castigarla, taló su territorio; pero acometido por una tempestad se vió reducido á rendirse á discreción á los heracleos, que en vez de tomar venganza, dieron benévola acogida á los naufragos, y les dieron libertad como prenda de paz. Primero fué gobernada Heraclea por la aristocracia, luego por el pueblo, últimamente por los tiranos; recuperó su libertad é hizo alianza con Roma. Pero habiéndoles prestado malos servicios en su guerra contra Mitridates, la destruyeron; y luego enviaron una colonia á fin de que la poblara nuevamente.

Pretendían los reyes de Bitinia hacer que se remontara su genealogía hasta Nino, rey de Asiria. Sin embargo su historia es incierta hasta Baso, quien venció á Calanto, general de Alejandro. Su sucesor Zipetes repelió las armas devastadoras de Antioco Sotero (281), contra el cual su hijo Nicomedeo llamó al Asia á los galos, que le proporcionaron la victoria. A su hijo Zelas sucedió Prusias, que produjo estragos en Bizancio de acuerdo con los rodios, é hizo la guerra á Eumeno por consejo de Anibal, á quien hizo traicion posteriormente, para alcanzar la amistad de los romanos: de vileza en vileza llegó aquel príncipe á presentarse en Roma con el traje de liberto y á mantenerse en el umbral de la Curia, declarándose esclavo de los padres conscritos, á quienes trataba de dioses salvadores. Obtuvo en galardón vasos de plata y doscientos cincuenta bajeles apresados á Gencio, rey de Iliria, con la infamia debida á los que hacen traicion al infortunio y se convierten en viles aduladores del más fuerte.

Nicomedeo II imitó la bajeza de su padre, y en breve veremos á Nicomedeo III en guerra con Mitridates.

Estaba dividida Armenia en dos partes, la

grande y la pequeña; regábanla el Tigris, el Eufrates, el Araxo, rios de antiguo renombre. Si es verdad que se detuvo el arca en una de aquellas montañas, debieron formarse allí sociedades políticas desde muy temprano. Pretende Estrabon que reconocia los mismos dioses que la Persia y la Media. Anaitis ó Tanais era allí especialmente adorado; tenía templos magníficos donde se honraba la prostitucion, y hasta se sacrificaban, segun se dice, víctimas humanas.

Conservaron los armenios mucho de las antiguas tradiciones, aun cuando fuesen alteradas posteriormente con la introduccion de los libros cabalísticos de los hebreos. Desde muy antiguo tuvieron una escritura propia, conocieron y tradujeron las obras griegas, caldeas, persas, y en la historia de Moisés de Khoreno se pueden encontrar infinitas particularidades relativas al Asia, de las cuales la crítica debe eliminar muchas fábulas. Cuéntase allí que Taglat, el mismo que el patriarca Togorma, nietode Jafet, engendró á Haig, que marchando de Babilonia, su patria, se estableció con su familia en las montañas de Armenia (2200) para libertarse de la tiranía de Belo; habiéndoles perseguido este rey de Asiria hasta en su asilo, y encontró allí la muerte.

El sexto sucesor de Haig fué Aram, quien conquistó tanta gloria con sus proezas, que dió su nombre á la Armenia. Venció á los medos, ocupó la Siria septentrional, penetró hasta la Capadocia, fundó á Mozaca (Cesarea); de modo que el asirio Nino le concedió el primer puesto en Asia. Irritada Semíramis de que Ara, hijo de Aram, hubiese desdeñado su amor, atacó el reino; se apoderó del territorio y condenó á muerte á su soberano. Así fué Armenia vasalla de la Siria, conservando sus príncipes particulares hasta Barroir, trigésimosexto sucesor de Haig, quien se unió con Arbaces (Varbag) y Belesis contra Sardanápalo, llegando á ser independiente desde entonces.

Bajo el hijo de Barroir se estableció la poderosa familia de los Pagratidas en Armenia (700). Eran descendientes de un hebreo conducido por Nabucodonosor al cautiverio, y quienes, siempre en la categoría de los primeros sátrapas, acabaron en el siglo IX por ser reyes de Armenia y de Georgia.

Recuperó la Armenia su antiguo esplendor, merced á Dikran (565), aliado de Ciro, cuyo hijo Vahakn es celebrado por los poetas á consecuencia de sus fuerzas prodigiosas, y colocado entre el número de los dioses. El último príncipe de esta raza fué Vahe (328), quien murió peleando contra Alejandro. Dió el monarca macedonio por gobernador á la Armenia al persa Mithrino; pero durante las turbulencias que se siguieron, sacudieron los naturales el yugo y eligieron por su caudillo á Ardoates. Despues de su muerte dominaron el país los reyes de Siria; pero Artasias se sublevó contra Antioco el Grande, y trasmitió la corona á su familia, despues de haber consolidado su autoridad por la conquista.

No habia transcurrido mucho tiempo (149) cuando Mitridates I, rey de los partos, de la familia de los Arsacidas, habiendo vencido á los reyes de Siria, y llenado de espanto al Asia, instituyó por rey de Armenia y de la Atropatena (*Adzarbaitchan*) á su hermano Vagarschag. Este príncipe, que designó por su capital á Nisibis, conquistó gran parte del Asia Menor y se adelantó hasta el Cáucaso, dando luego á sus súbditos sábias leyes. Tigrano II, su nieto, concibió el designio de someter á toda el Asia: despues de haber conquistado la Siria (89) y muchas provincias del Asia Menor, atacó á los Arsacidas, que reinaban en Persia, les quitó la Mesopotamia, la Adiabena, la Atropatena, tomó el título de rey de los reyes, que se atribuía á los monarcas partos, y dió mucho que hacer á los romanos.

Tuvo que sufrir numerosas vicisitudes (34), así como su hijo Artasvado, cuyo suplicio fué uno de los espectáculos ofrecidos por el triunfo de Cleopatra y de Marco Antonio. A Alejandro, hijo del romano y de la egipciaca, le tocó la Armenia, que en breve repelió á los extranjeros; pero lanzados entre las armas de los partos y la política romana se agotó su fuerza, y muchos señores, atrincherados en sus castillos de las montañas, poco dispuestos á obedecer á jefes débiles, se hicieron independientes.

Despues de la muerte de Abgar, Anan, su hijo, gobernó desde Edesa una parte del reino (32 de J. C.); obedecia la otra á su sobrino Sarnadrug, que llegó á exterminar la descendencia de Abgar, y reinó solo en Nisibis. Despues de

dos siglos de agitaciones, fué conquistada la Armenia por Ardeschir (232), primer rey Sasánida de la Persia, y le obedeció veintiocho años.

Fueron en gran parte comunes las vicisitudes de la Armenia á la Georgia: habitada por una de las más antiguas naciones de Asia, su historia nos ha sido trasmitida por antiquísimos libros, que con los documentos, conservados especialmente en los conventos de Mtsketha y de Gelathi, sirvieron de materiales á la crónica que el rey Vahktang V mandó redactar á principios del siglo pasado. Segun ella, deben descender los georgianos de Togorma, así como los armenios y los demas pueblos que habitan entre el Mar Negro y el Mar Caspio. Kartlos, su hijo, se presentó en Georgia, donde se estableció en la cumbre de la montaña llamada despues Armazdi, por el idolo que se adoraba en aquel punto. Mtskethos, hijo de este último, fundó al norte de aquel monte la ciudad que recibió su nombre, y fué posteriormente capital de Georgia. A su muerte empezaron largas guerras de familia, y cada país tuvo su jefe, pero el de Mtsketha era considerado como superior á los demas, aun cuando no llevase el título de *mep he'* (rey) ni el de *eristkavi* (jefe del pueblo) y no fué designado más que como *mama sakti* (padre de la casa).

Olvidaron entonces los georgianos al dios creador, para adorar al sol, á la luna y á los cinco planetas. Los kasarís (escitas) llegaron por el Daghistán hasta Georgia, que talaron é hicieron tributaria. Fué posteriormente avasallada en tiempo de Feridoun por los persas, que levantaron allí plazas fuertes. Cuando dejó de vivir este príncipe los gobernadores de la Georgia rompieron los vínculos de obediencia respecto de Persia; pero la parte occidental permaneció sujeta á los griegos: luego todo el país acabó por emanciparse de unos y otros con el socorro de los oxianos. Entre tanto, Kaikaus, marchando contra los lesghis, volvió á someter al yugo á la Georgia al tiempo en que los hebreos salían de Egipto. Rebelóse nuevamente, y despues de prolongadas luchas, Kaiko ron la dominó otra vez más, entró á saco las ciudades, y dejó sátrapas encargados del mando; pero la Georgia se aprovechó de la circunstancia de hallarse ocupado en otras guerras, para recuperar su independencia.

Muchos hebreos, esclavos de Nabucodonosor se refugiaron á Georgia; donde introdujeron, del mismo modo que los habitantes del Turán, expresiones, creencias y ceremonias nuevas. Entonces cayó el país en la barbarie hasta el punto de no tener en cuenta los grados del parentesco para los matrimonios, de comer indistintamente todas las carnes y de ser devorados hasta los cadáveres. Los tiempos sucesivos á éstos ofrecieron alternativas de sumision y de rebeldía respecto de los persas, hasta la época de Alejandro. Este conquistador fué en persona, segun las tradiciones locales, hasta el Cáucaso, sometiendo al país y quitando la vida á todos los extranjeros, á excepcion de las mujeres y niños menores de quince años, á quienes llevó esclavos. Nombró por gobernador de los georgianos al macedonio Aron, con orden de adorar al sol, á la luna y á los cinco planetas, pero de servir únicamente al criador invisible: religion de que fué autor.

Al morir Alejandro repartió su reino entre sus cuatro generales, Antioco, Romo, Bicintio y Platon; dió al primero la Asiria, la Armenia y los países orientales, donde edificó á Antioquia; al segundo los países de Occidente, donde fundó á Roma; á Platon la ciudad de Alejandria; tocaron á Bicintio la Grecia, la Georgia y los países septentrionales, y construyó á Bizancio.

Azon, que vino á ser súbdito de este último, cambió la religion para adorar á Atsis y á Ati, ídolos de plata, y exterminó á los georgianos, cuyo valor temia mucho. Farnawaz, descendiente de los antiguos reyes, halló un tesoro huyendo de aquella tiranía, y habiéndose ligado con los reyes de la Imeretia y de la Mingrelia, levantó un ejército de lesghis y de oxianos; luego se hizo rey con ayuda de Antioco. Otorgó á los griegos, que le habian favorecido, los cargos y el título de aznauros, es decir, pertenecientes á Azon; aún lo lleva la nobleza georgiana, que pretende descender de ellos. Tambien levantó su propia efigie con su nombre persa de Armazi, y dirigió felicitaciones al pueblo.

Sus sucesores se enajenaron la voluntad de sus súbditos, queriendo introducir la religion de los magos, lo cual produjo sublevaciones y guerras. Por último, Arschak, último vástago

de Farnawaz, fué destronado por los armenios, que pusieron en su lugar á Aderki.

Bajo su reinado nació Cristo, cuya doctrina fué divulgada en el país por los apóstoles Andrés y Simon. Dos ramas descendientes de Aderki reinaron separadamente hasta el siglo II, en que fueron reunidas. Atpargur se ligó con Kosro, rey de Armenia, contra los sassanidas de la Persia y los venció: pero habiendo muerto sin hijos varones, los grandes de la Georgia ofrecieron la corona al hijo del rey de Persia Mirian, que vino á ser jefe de la dinastía Kosroniana, cuya dominacion duró hasta principio del siglo VIII.

El reino del Ponto tomó su nombre del Ponto Euxino, que lo limitaba al Norte; confinaba al Mediodía con la pequeña Armenia, y por las otras costas con la Colchida y con el rio Halys. Hace mención la historia, como del primero de sus reyes, de Artafazo, ascendido al trono por Dario, hijo de Histaspo, y, según se dice, uno de los siete que aspiraron á la corona de Persia, despues de la muerte del falso Smerdis. Luego viene Rodobato, despues Mitridates I, en seguida Ariobarzano, que volvió sus armas contra Artajerjes para hacerse dueño del Ponto y de las provincias circunvecinas. Murió en la época de Alejandro que se apoderó tambien de aquel reino, si bien no tardó en ocuparlo Mitridates II, cuyo sucesor, Mitridates III, conquistó la Capadocia y la Paflagonia. Esta última tuvo sus reyes particulares hasta el año 121; pero á la muerte de Pilemeno II se reunió al reino del Ponto. Gobernada primero la Capadocia como monarquía sacerdotal, despues por un príncipe de sangre real de Persia, había quedado independiente á la muerte de Alejandro.

Tuvo Mitridates III por sucesor á Ariobarzano, despues á Mitridates IV, que peleaba contra los galos; ascendió Mitridates V al trono, y atacó á Sinope, que fué tomada por Farnacio I, su sucesor. Reclamaron los romanos contra esta usurpacion; pero lejos de prestar atención en ello, atacó Farnacio al rey de los partos, su aliado, y se defendió con intrepidez, pero precisado á pedir la paz, le impusieron por condicion los romanos renunciar á toda alianza con la Galatia, evacuar la Paflagonia, enviando allí á todos los habitantes arrancados del país; de-

volver á Ariararto, rey de Capadocia, el territorio que le había usurpado, y pagar 300 talentos á Eumeno.

Hizo alianza Mitridates IV con los romanos, les proporcionó socorros en la tercera guerra púnica y permaneció fiel cuando la victoria de Aristonico contra Craso, produjo la rebelion en casi todos los estados del Asia.

Vilmente asesinado (121-164), dejó este príncipe el trono á Mitridates VII Eupator, apellidado el Grande con tanto derecho como Pedro de Rusia, aunque la falta de historiadores particulares y el descuido orgulloso de los extranjeros, no nos permite más que adivinar sus vastos proyectos y las mejoras que él queria introducir en el país. Ascendido al trono á la edad de doce años, hizo perecer á su madre y á sus más proximos deudos, crimen bastante comun en las costumbres de Oriente; habituado su cuerpo y espíritu á la actividad, se casó con su hermana Laodicea, á quien despues condenó á muerte como culpable de traicion, y recorriendo el Asia, estudiando sus costumbres, leyes y habitantes, formó el proyecto de someterla á su autoridad.

Dueño ya del Ponto, había además heredado la Frigia, y se había apoderado á pesar de los romanos de la Paflagonia, sobre la cual pretendian tener derechos; despues con pretexto de vengarse de Nicomedeo, rey de Bitinia, su cuñado Ariararto rey de Capadocia, á quien él mismo había hecho asesinar, subyugó esta provincia y dió con su propia mano muerte á su sobrino y competidor; en tan poco considera los medios la ambicion.

Nicomedeo, rey de Bitinia, á quien no dejaba de causar recelo el engrandecimiento de su vecino, envió á Roma un hijo supuesto de Ariararto, quien haciendo valer los servicios paternos, estaba pronto á obtener el apoyo del Senado, cuando Mitridates envió agentes para desenmascarar la impostura; tal vez empleaba los mismos medios que puso en juego Yugurta contra los nietos de Massinisa. El hecho es que el Senado, para quien ambas partes eran sospechosas, declaró independiente la Capadocia y la Paflagonia. Comisionó en seguida á Sila para acudir al lado de Mitridates como embajador, pero en realidad para conocer sus designios: no pudo, sin embargo, impedir que el rey del

Ponto colocase á su hijo en el trono de la Capadocia. Habiendo muerto Nicomedeo, rey de Bitinia, ocupó sus estados Mitridates; pero un hijo natural de Nicomedeo, llamado como su padre, llegó á Roma á implorar el socorro de la república, cuyos ejércitos fueron á colocarle en el trono y á devolver la Capadocia á Ariobarzano. Fueron como dos centinelas que se colocaran en aquellos puntos para hacer mantener respetuoso al infatigable Mitridates.

Este monarca, que hacia tiempo que deseaba la ocasion de un rompimiento con los romanos, reunió un gran ejército y derrotó á los bitinios; poco despues triunfó de las legiones de Craso y Aquilio, y luego, sin pérdida de momentos, forzó á los romanos á evacuar á Frigia, la Misia, el Asia propiamente dicha, la Caria, la Licia, la Pamfilia, la Paflagonia, la Bitinia, y todos los países que estaban sometidos ó eran aliados hasta la Jonia. Sobre todo, cuando hubo enviado á todos los prisioneros sin rescate, dieron principio los aplausos ensalzando hasta las nubes al libertador, al padre, al dios y al solo monarca del Asia. Con objeto de obtener su amistad los habitantes de Laodicea, le entregaron á Q. Appio, gobernador de la Pamfilia, quien se le presentó encadenado, precedido por burla de los lictores y con todas las insignias de su dignidad. Pusieron en sus manos los libios á Aquilio, á quien hizo atar por un pié como un malhechor, como sublevador de la Capadocia, y llevar montado en un asno en su séquito, hasta Pergamo, donde se le atestó de oro la boca en castigo de su avaricia.

Este era, en efecto, el vicio general de los romanos, y así hacian su dominacion execrable. Todo se vendia en Roma, y cuando se trataba de comprar dignidades y empleos, los caballeros distinguian las comarcas en donde debian ejercerlos en países sometidos y países aliados. Insultado Sila por Estrabon César, le dijo: *Usaré contra tí del poder de mi empleo*; y Estrabon le respondió: *Tienes razon, es tuyo, puesto que lo has comprado*. Un mancebo que entraba en la carrera de las magistraturas por la edilidad, debía gastar sin tasa en este empleo, para merecer despues el favor del pueblo. Le era preciso contraer deudas entonces, y pensar en los medios de pagarlas ó contraer otras nuevas. Pretor en la ciudad y sin tener que fallar más que

sobre asuntos de poca importancia, á vista del Senado, de los censores y de los tribunos no podia más que robar mezquinamente, pero sabia que despues se le daria el mando de una provincia, y la hipotecaba antes de ser así á sus acreedores. Llegado ya á conseguir su objeto, robaba, saqueaba, se unia á los exactores, á los usureros, se apropiaba los objetos preciosos, los cuadros y las estatuas. A su vuelta á la ciudad podia construir un espléndido palacio, formar una galería que hacia que se le alabase como el protector de las artes, sentarse en la silla de marfil en el Senado, dominar á mil esclavos, ascender al tribunado y aspirar al consulado.

Habia facultad de quejarse, ¿pero cómo hacerlo cuando los mismos culpables estaban en posesion de los juicios? Fué asesinado en la plaza pública el pretor Aulo Sempronio Asele por querer reprimir la usura, y no se verificó ninguna persecucion contra los autores del crimen. Mucio Escévola, cónsul en Asia, cita á los publicanos á dar severa cuenta de sus crueldades y concusiones, hace encarcelar á algunos y condena á perecer en la cruz á un esclavo cómplice de ellos; los asiáticos instituyeron una fiesta anual en honor suyo. ¡Mas qué importa! los caballeros le juraron un odio mortal. Impotentes contra él, dirigieron su cólera contra Publio Rutilio Rufo, cuyos consejos había seguido en estas circunstancias, y precisamente le imputaron el crimen de que les había acusado. Consiguieron hacerle condenar, y al frente de sus denunciadores se encontraba Apicio, cuya glotonería ha quedado proverbial. Escudado Rutilio con la filosofia contra la mala fortuna, se retiró á Asia, donde fué acogido como un libertador; le adoptaron los esmirnios, y aunque fué despues llamado no quiso volver á su patria, cuya historia escribió en su retiro en lengua griega. Finalmente M. Plaucio Silano presentó una ley, por la cual cada tribu debía elegir anualmente quince jueces, sacados indiferentemente de los senadores, de los caballeros ó del pueblo. Pero esta ley, que arrebatava á los caballeros el privilegio de los juicios, fué causa de la guerra civil.

Puede juzgarse cuál sería la alegría de las ciudades que libertó Mitridates del azote de la administracion romana. Todas las ciudades libres del Asia le abrieron sus puertas. Acogió